

“Caracterización y convergencia de los movimientos sociales latinoamericanos del 68.”

Avance de investigación de la Maestría en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

GT 17- Pensamiento latinoamericano y teoría social.
Marco Velázquez.

Esta investigación tiene la finalidad de establecer una posible convergencia de los movimientos sociales de la década de los sesenta en América Latina. Sin pretender hacer un recuento de "todos" los movimientos que se dieron en esa época en la región; también tiene la intención de problematizar acerca del "espíritu del 68" en Latinoamérica, haciendo énfasis en resaltar que "el mayo francés o parisino" no es la única forma de estudiar el fenómeno, y que la amplitud del mismo no se circunscribe a su condición europea, sino que lo que hay de universal en el 68 pasa por varios países y regiones, es decir, no es una condición geográfica ni cronológica, sino un momento de "ruptura-encuentro" universal.

1968-América Latina-Movimientos Sociales.

Aproximaciones.

En esta investigación, se abordará el tema del año de 1968 en América Latina desde una perspectiva crítica, poniendo en entredicho los presupuestos dominantes establecidos sobre este tema por la “ingente literaria” que ha explotado el acontecimiento desde apenas pocos días de haber sucedido, construyendo un discurso vaciado de contenido y realidad práctica¹; en este sentido, en esta investigación se piensa el año “simbólico” de 1968 en los mismos términos que lo plantea Immanuel Wallerstein (2008: 148), “Desde 1968, ha habido una búsqueda incesante, a pesar de todo, en aras de la construcción de un mejor tipo de movimiento antisistémico –uno que podría realmente llevarnos hacia un mundo más democrático e igualitario.”

De la misma manera, se tomará en cuenta el debate que se ha abierto sobre el tema de 1968, en el sentido de si es un parteaguas histórico, la culminación de un largo proceso histórico, o simplemente algo que dio paso a un cambio verdaderamente sustantivo, en las décadas posteriores.² En este sentido, el carácter eurocéntrico del 68, así como su encubrimiento, a manera de tragedia, serán puestos en cuestionamiento por la universalidad del suceso histórico en sí mismo y su presencia amplia, festiva y cohesionadora en América Latina

Si el “mayo francés”, rebelión mayor de las acontecidas en el año del 68 en Europa, se encuentra hoy en día enormemente deformado, edulcorado por revisionismos sistémicos –que lo presentan exclusivamente como una “revuelta cultural”³-, las rebeliones acontecidas en el continente americano, particularmente las que sucedieron en América Latina, han quedado casi en el olvido, encubiertas por discursos reduccionistas. Posiblemente la única excepción sea el caso mexicano, donde los acontecimientos trágicos del 2 de octubre, con el que se dio término abrupto a las manifestaciones sociales en este país, han sido recordados permanentemente por núcleos militantes de la izquierda mexicana y de la sociedad progresista en su conjunto⁴; fuera de esta ámbito, el 68 ha sido sepultado por la derecha y por todos los matices de la izquierda que prefieren refugiarse en la concertación o el dogmatismo, evitando el compromiso con un pensamiento crítico y una sociedad compleja.

El “año histórico de 1968”, o de la historia como encubrimiento.

En algunos circuitos de la intelectualidad occidental, 1968 se presenta como un “año histórico” al que se le tienen que construir mausoleos, monumentos, memoriales, relicarios... más que para recordarla, para venerarla en la petrificación del pasado y, así, decretar su defunción definitiva. Si uno “googlea” en la internet “A 40 años del 68”, se encontrará con más de 5,400,000 páginas relacionadas con este tema, que sumadas a todo el material aparecido desde aquel “mítico mayo de 1968” en otros idiomas, podremos deducir que son decenas de millones las referencias: publicaciones, exposiciones, conferencias, comics, videos, películas, intervenciones, performances y un largo etcétera que hacen palidecer a cualquier campaña publicitaria que se precie de exitosa.

La pregunta surge, entonces, como necesaria: ¿es esto positivo, o sólo una gran venta de garaje? Como lo comentaba hace cinco años Agustín Cano, en una mesa organizada para conmemorar el 40 aniversario del 68: “Tanto análisis sesudo y testimonio nostálgico... es al menos sospechoso.” (cf. 2008: web) Una posible solución a tales interrogantes pueden encontrarse en la reflexión que el filósofo historicista Benedetto Croce hace para proponer un balance de la obra de Hegel: discernir “lo que está vivo y lo que está muerto”⁵; separar lo que aun reverdece entre nosotros y nos es útil del 68 es la apuesta, pues “toda conmemoración es un recurso: un recurso de uso de la historia. Y en tanto recurso de la historia, toda conmemoración implica una narración del pasado en referencia al presente (sea para legitimarlo, sea para combatirlo) y por tanto en función de un proyecto o idea del futuro.” (Cano, 2008: web).

Enfático en sus tesis sobre el concepto de la historia, Walter Benjamin (2008: 20) nos apreviene: “Sólo a la humanidad redimida le concierne enteramente su pasado”, a lo cual Bolívar Echeverría (2003: 29) agrega: “El pasado (...) tiene un derecho sobre el presente, está en condiciones de exigirle que lo rescate, que salga en su defensa, que peleé por él, le confiere una capacidad o una fuerza mesiánica, redentora.” Siguiendo esta argumentación, los discursos que se han construido acerca de 1968 parecen encaminados a ocultarlo, encubrirlo, vaciarlo de toda actualidad práctica.

Como lo comentaba el poeta Juan Ruíz de Alarcón “De tan verdadera, la verdad se vuelve sospechosa”. Y la desconfianza ante el poder, en sus múltiples manifestaciones, debe de ser una constante a la hora de analizar un proceso histórico. Para ejemplificar, basten dos botones de muestra: hace ya bastantes años que el gobierno autodenominado de “izquierda” que gobierna en la Ciudad de México tiene a bien realizar un reconocimiento a los muertos y desaparecidos el 2 de octubre en la Plaza de la Tres Culturas, en Tlatelolco; sin embargo, dicha administración ha criminalizado la protesta social en la ciudad capital y ha colaborado para reprimir manifestaciones de jóvenes y estudiantes por lo menos en dos ocasiones, una de ellas convocada por la propia alianza partidaria que gobierna en la Ciudad de México para protestar en contra de la toma de posesión del actual presidente de México, Enrique Peña Nieto, pues se presume cometió fraude electoral.

El segundo ejemplo también tiene que ver con la realidad mexicana: el 8 de noviembre de de 2011 el Congreso de la Unión de este país declaró el 2 de octubre día de duelo nacional. Sin detenerse en juzgar la impunidad rampante frente a los hechos consumados, el poder se olvida que una Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado fue creada ex profeso para investigar y proceder en contra de los culpables, y hasta la fecha lo más relevante que realizó dicha Comisión, es haber promovido un juicio en el que la “justicia” mexicana exoneró a los culpables. Así las cosas, la rearticulación de un discurso del pasado, en este caso de los acontecimientos de 1968, da la posibilidad al poder en turno de legitimar represiones por venir.

Si uno revisa el calendario de actividades en las universidades, descubrirá que la celebración de seminarios, mesas redondas y conferencias relacionadas con el 68 siempre es bastante abultado, sobre todo si se celebra un aniversario que termine en 40 o, como en este año, en 45. Pareciera que la academia, al llegar casi siempre tarde a la historia, le quisiera arrebatarse a la sociedad y a la calle la capacidad de vivir y recuperar sus procesos, no desde la articulación de un discurso emanado de la realidad práctica, sino desde el lenguaje exclusivamente académico Y con lo anterior no estoy tratando

de desacreditar el hacer académico, por el contrario, es una invitación a que la academia se refresque en las calles y no se aísle en sus recintos amurallados.

En este sentido, la propuesta de Walter Benjamin para recuperar la historia desde un mesianismo redentor, se tiene que entender como la responsabilidad que el “historiador materialista” tiene frente a la sociedad; más aún, es la recuperación de la memoria a partir de un mesianismo individualmente colectivo, que cada uno de nosotros tiene frente a la sociedad y la historia.

En cada época es preciso hacer nuevamente el intento de arrancar la tradición de manos del conformismo, que está siempre a punto de someterla. Pues el Mesías no sólo viene como Redentor, sino también como vencedor del Anticristo. Encender en el pasado la chispa de la esperanza es un don que sólo se encuentra en aquel historiador que está compenetrado con esto: tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer. (Benjamin, 2008: 21-22)

El eurocentrismo del 68.

Si se hace una revisión exhaustiva del año 1968, se encontrará, de entrada, que se trata de una historia fragmentada: en primer lugar, 1968 aparece como un acontecimiento trascendente únicamente en sus implicaciones europeas, es decir, aquello que sucedió en el mayo francés, las universidades de Berlín y las protestas en Checoslovaquia. Un acontecimiento tan importante visto desde esta perspectiva, corre el riesgo de tomarse unidimensionalmente, resaltando sólo una de sus manifestaciones; en este caso, los acontecimientos de 1968 parecen circunscribirse a una “revuelta cultural” desde la perspectiva de algunos de sus protagonistas, como Alain Touraine o Jacques Derrida.

Según estos pensadores, el año histórico de 1968 tiene relevancia, no por lo que fue en sí mismo, sino por lo que resultó después, a manera de impacto cultural en Occidente. El énfasis que los manifestantes europeos pusieron, sobre todo los franceses, en los cambios en la vida cotidiana, la irrupción de los nuevos movimientos sociales y el alejamiento de los liderazgos tradicionales son desvalorizados en estos análisis y, como es conocido, las nuevas propuestas culturales desembocarían en una justificación ideológica, ahí donde estos autores pretenden alejarse de la ideología: el posmodernismo. Esta fundamentación cae en otro gran despropósito: la historia de la humanidad es la historia de Europa y nada fuera de ella es trascendente.

Otros analistas, como el pensador crítico de la modernidad Noam Chomsky, cometen el error de soslayar el impacto político y social de 1968 porque argumentan que lo importante no fueron las manifestaciones en sí, sino, nuevamente, lo que vino después: la era de transformaciones en la década de los 70. Crítico de el eurocentrismo, cae víctima de sus propias argumentaciones, pues en el caso de 1968 Chomsky deja de ver de manera panorámica el fenómeno, y sólo se enfoca en lo que aconteció en Europa, dejando de lado lo sucedido en países asiáticos y americanos; descuidando en el análisis el contexto histórico en el que se dan tales manifestaciones. Aunque el autor reconoce el gran impacto de este año y los movimientos de los setentas en el avance para el reconocimiento de los derechos humanos y en la construcción de un movimiento de solidaridad internacional.

Más aún, pensadores de la talla del imprescindible historiador del siglo XX, Eric Hobsbawm, acepta haber mantenido una posición bastante crítica, que no llegó a la hostilidad manifiesta de Pierre Paolo Pasolini o las dirigencias de los partidos comunistas de la época, pero sí escéptica y, hasta cierto punto, de incompreensión con la generación del 68. Si bien es cierto que, como buen historiador crítico, supo retomar el tema y rectificar sus primeras posturas hacia los acontecimientos del 68.

Otra situación que inmediatamente salta a la vista en el análisis del 68, es la deficiente bibliografía, casi nula, del tema relacionado con América Latina. Existen miles de títulos que tratan el tema en Francia y Europa, pero, a excepción de los acontecimientos en México, de los que hay una necesaria y obligada

recuperación de la memoria, no se encuentran más que artículos separados, perdidos en la nebulosidad de los índices interiores o en la geografía del recuerdo, como lo comentaría Tristan Tzara. Y esto se debe, principalmente, porque “el año histórico de 1968” es tan histórico, que en su globalidad no se le da un tratamiento mundial o sistémico, sino que se le aborda de manera parcial y fragmentada.

En estas investigaciones, no existe un movimiento en 1968 que abarque a América Latina, ni una sintonía de acontecimientos en la región que sea lo suficientemente amplio para poder categorizarlo: lo histórico del año deja de serlo, y se desvanece. Una de las intenciones de esta investigación es intentar proponer una reaproximación a esos años, contando con nuevas herramientas de análisis, pensándolo como un acontecimiento eminentemente global, en el cual, la suma de las variables regionales y particulares termina por construir un discurso que reta y critica algo más allá de la propia inmediatez; esto es, al sistema de reproducción del capital mismo.

Lo que no deja de ser importante es que, aunque han pasado ya 45 años, cuando se nombra esa fecha, ésta aparece como algo fresco, cercano y juvenil. Fecha llamada a recordarse históricamente como 1789 o 1848, la empatía que despierta es mucho mayor, dada la convergencia de lenguajes, códigos y formas de conducta que se desprenden de ese momento y que aún al día de hoy siguen manteniendo una enorme vigencia. ¿O no es acaso 1968 un parteaguas en el que la política, tal como la conocemos en la actualidad, cobra sentido?

El 68 como tragedia.

Si hay algo que nos aleja de un proceso histórico es la tragedia, pues no se quiere revivir un dolor o padecer. Curiosamente, también la total empatía con el pasado puede causar estragos en la comprensión del mismo. Digo lo anterior, porque en México suceden las dos cosas: el 68 se vive como tragedia, también como farsa. Posiblemente se deba a que los mexicanos, como lo comenta Octavio Paz en El laberinto de la soledad, estamos acostumbrados a ver la realidad bajo el cernidero de las apariencias, más exactamente a través del reflejo de la imagen en el espejo, siempre mediante máscaras.

1968 está representado para los mexicanos en el 2 de octubre, su imagen trágica, y a través de esa imagen, una total mistificación-apego a esta fecha histórica. A excepción de los grandes empresario que siguen defendiendo la conjura comunista y los priístas de convicción autoritaria de ayer y hoy, dudo que en México existan personas que no recuerden y se adscriban a la conmemoración del 68, en la mediación del 2 de octubre. Esto sería altamente positivo, si no fuera porque tal rememoración y apego a la fecha histórica no ha servido para que se juzgue a los culpables de la masacre y se logren los objetivos mínimos del movimiento aplastado: la democratización de los medios de comunicación y el fin del sistema político autoritario.

Historia enmascarada, el 68 se aleja de lo posible y real y se transforma en una historia trágica: caída de México-Tenochtitlán, fanatismo de Moctezuma, tortura de Cuauhtémoc: conquista. Derrota permanente en la memoria, repetición de los malos augurios, destino fatalista, todo eso se conjuga en el 2 de octubre mexicano: la imposibilidad de la independencia, la justicia y la libertad. Por supuesto que el sistema juega con este elemento empático-trágico, aunque, testarudo como es, el viejo topo siempre encuentre un resquicio crítico y catapulte la idea, promueva el debate, disienta y orade la historia oficial, tanto de aquellos que fueron victimarios, como de los que viven permanentemente como víctimas.

Victimas de nuestra propia proyección, somos prisioneros de nuestras apariencias: nos encontramos inmersos en los estertores del pasado: Desarrollo, Progreso, Modernidad. Situación *sui generis*, si tomamos en cuenta que de los colonizados, los latinoamericanos somos la única región que logró un amplio mestizaje, una modernidad barroca diría Bolívar Echeverría, e introyectó el *logos* del conquistador sin el reconocimiento del otro en una relación dialogica. Juego de apariencias, a nuestra modernidad le tocó siempre el reflejo. Una realidad latinoamericana dueña de sus propios deseos no se

inició en 1968, pero potencialmente es el momento en el que se “entroncó” en el tiempo de la modernidad.

El tema del desarrollo está íntimamente ligado al de nuestra identidad: ¿quién, qué y cómo somos? Repetiré que no somos nada, excepto una relación: algo que no se define sino como parte de una historia. La pregunta sobre México es inseparable de la pregunta sobre el porvenir de América Latina y ésta, a su vez, se inserta en otra: la del futuro de las relaciones entre ella y Estados Unidos. (Paz, 2000: 238)

A lo que Walter Benjamin ya aconsejaba:

El historiador que parte de esta comprobación no permite ya que la sucesión de acaecimientos le corra entre los dedos como un rosario. Aprehende la constelación en la que ha entrado su propia época con una muy determinada época anterior. Funda de esta manera un concepto del presente como ese “tiempo de ahora” en el que están incrustadas astillas del tiempo mesiánico. (Benjamin, 2008: 33)

Situación en América Latina.

Ahora, toca profundizar en la caracterización latinoamericana. Antes que nada, es necesario precisar que dicha caracterización debe partir de la universalidad del proceso, pues seguir abordándolo de manera fraccionada, país por país, como se suele hacer de manera recurrente, arrojará, nuevamente, historias inconclusas. Comenta Adolfo Gilly (2002: 66): “Como culminación, como amenaza al orden establecido, como promesa de relaciones sociales impregnadas de nuevos valores humanos, así fue vivido el 68 por quienes lo hicieron y así quedó en la memoria histórica.” A lo que agrega Carlos Aguirre Rojas (2012: 8): “De modo que sí 1968 representa una evidente ruptura de larga duración de muchas de las estructuras (...) Pues claro que los movimientos anti sistémicos post-68 tienen un carácter radicalmente distinto de los mismos pre-68.” Immanuel Wallerstein centra definitivamente el debate:

Pero el resultado más importante, es que 1968 ha relanzado el debate en el seno de todos los movimientos –como lo hizo también 1848- poniendo en cuestión el consenso que se había establecido finalmente hasta 1880, respecto a que el objetivo prioritario era el de la conquista del poder por medio de una lucha política. Pues precisamente frente a esta estrategia de mediano plazo, frente a la cual 1968 ha establecido una clara ruptura. Así que hoy nos encontramos en la mitad de un claro debate estratégico, que no sabemos cuándo terminará ni cómo se desenvolverá, ni tampoco a que conclusión llegará. (Wallerstein; 2008: 113-114)

Si para Bolívar Echeverría lo que sucedió en la década de los sesenta en Europa, culminando en el mayo francés, fue la “americanización de su modernidad”, en el caso mexicano “la rebelión de los jóvenes mexicanos se conecta sin duda con la de sus contemporáneos en Berlín, en París o en California”, sin embargo, “se diferencia de ellos por un hecho decisivo: la rebelión mexicana tiene lugar dentro de un Estado autoritario” (cf: Echeverría, web) y al ser México parte de la modernidad Latinoamericana, existe un proceso global que comparten los que se manifiestan en la década de los sesenta,⁶ pero los latinoamericanos compartimos un rasgo distintivo: luchamos contra una estructura autoritaria construida al interior de nuestras naciones, que se fue amoldando a la dominación capitalista mundial después de que las naciones latinoamericanas iniciaron sus gestas independentistas; eso a lo que Pablo González Casanova llamó “colonialismo interno”

Si miramos el mapa histórico de Nuestra América en el año de 1968, a primera instancia parecería que no existen acontecimientos convergentes, como lo señalan algunas versiones, pero si se mira con detenimiento, se pueden encontrar varios elementos interrelacionados y de gran importancia para la región:

- La matanza de la Tres Culturas en Tlatelolco, y las primeras Olimpiadas celebradas en América Latina.
- II Conferencia Episcopal Latinoamericana y primera visita papal a Latinoamérica, en Colombia. Aparece el documento “*Pobreza de la Iglesia*”, y con este la Teología de la Liberación.
- Huelga magisterial de Asociación Nacional de Educadores de El Salvador (ANADES).
- En casi todas las universidades de la región surgen movimientos estudiantiles, los cuales anticipan la aparición de nuevos actores sociales que sustituyen o se mezclan con los actores tradicionales.
- Se reorganizan las alianzas entre las oligarquías locales y Washington, lo que anticipa la posterior escalada de violencia y golpes de Estado.
- 3 de Octubre, Golpe de Estado en Perú, por Juan Velasco Alvarado.
- 11 de octubre, Golpe de Estado en Panamá encabezado por Omar Torrijos.
- 13 de diciembre, suspensión de las garantías individuales en Brasil como respuesta a las protestas estudiantiles.
- Se disuelve el Congreso y se cierra la universidad en Ecuador.
- En el aspecto cultural, es el año de mayor producción cinematográfica en América Latina (México, Argentina, Cuba). En Bolivia Sanginés propone un cine andino, Brasil ensaya su *cine novo*. En Uruguay la película *Me gustan los Estudiantes* es la mejor película del año.

Lo que es una realidad, es que el 68 en Latinoamérica se tiene que tomar, no en un sentido estrictamente cronológico, sino como una serie de acontecimientos que se suscitaron antes y después de este momento axial:

Paradójicamente, parecería que en el año de 1968 en América Latina no suceden muchas cosas, pues se trata de acontecimientos de largo aliento (...). De todas formas, en términos cronológicos, el 68 no inició en Latinoamérica sino en los últimos meses del año anterior, para ser exactos, en el mes de octubre, con la “caída en combate del guerrillero heroico” en Bolivia. (cf. Llosa, 2009, web)

En el plano local el ciclo se abre con la Revolución Cubana, pasando por el asesinato del Che en Bolivia y se cierra con al golpe de Estado en Chile, pero hay otros acontecimientos que es necesario señalar; como el fracaso de la Alianza para el Progreso, el Golpe de Estado en Brasil, la invasión estadounidense a República Dominicana, el Golpe de Estado en Argentina, el asesinato de Camilo Torres Restrepo en Colombia, la reforma universitaria en Chile, el “Cordobazo” en Argentina y, por último, el triunfo de la Unidad Popular encabezada por Salvador Allende.

Como parte de la tensión dominación-resistencia, que se agudiza por la proliferación de las luchas de liberación nacional, por un lado, y por la alianza autoritaria de las oligarquías locales con sus socios transnacionales (que promovieron Golpes de Estado, desapariciones, represiones masivas y un colonialismo más elaborado), por el otro, surgen nuevos actores sociales que se van a hacer acompañar de una juventud más participativa; y lo anterior no es un recurso retórico, pues Latinoamérica comparte dos elementos que a la postre van a explicar su actual incidencia en las luchas frente a la dominación neoliberal y la enorme vitalidad de sus movimientos antisistémicos: El “bono demográfico” y la concentración de población en zonas urbanas, que sumado a las organizaciones indígenas, le han permitido una militancia más activa y simultánea.

No es fortuito que la presencia de las culturas juveniles en Latinoamérica se hiciera acompañar de algo parecido a movimientos de resistencia. La enorme migración que se da del campo a las ciudades rompe con el estrecho sistema de control que tradicionalmente existía en el mundo agrario; más aún, esa migración erosiona las formas de control familiar, por lo que los jóvenes, sobre todos los que acceden a centros pre-universitarios o universitarios, se comportan de una manera cada vez más autónoma e independiente.

Pero no únicamente el estudiante rompe paulatinamente con la familia y el Estado; en general, los jóvenes lo van haciendo al recibir influencias culturales e ideológicas de muchos lugares, influencias que ciertos núcleos de jóvenes transforman y convierten en herramientas de lucha organizativa; basta con observar el papel que el “rock en tu idioma” tuvo entre los jóvenes de la región en los años ochenta y la reivindicación de espacios de participación democrática, o el ska como elemento distintivo que acompañó al zapatismo y, por supuesto, lo que el punk latinoamericano es para el movimiento autónomo regional.

Por supuesto que no únicamente fueron los jóvenes, pero este sector surgió como el actor social por antonomasia del 68, y, junto con este actor, apareció una nueva concepción de la política y un discurso más cercanos a la realidad; dicho discurso evidenció una mayor disposición al diálogo y una actitud antiautoritaria, lo cual, a su vez, dio lugar a más espacios de participación democrática. Poco a poco, las varias luchas particulares fueron convergiendo con las grandes reivindicaciones históricas de la sociedad latinoamericana. Si a esto le sumamos la enorme presencia de movimientos indígenas y formas comunitarias de lucha que han ensayado desde años experiencias alternativas al capitalismo, podremos entender la vigencia del 68 en los diferentes movimientos antisistémicos de la actualidad.

En este sentido, se tiene que recuperar el 68 como un “tiempo de ahora”, basado en una continuidad historia del pasado con el presente, en la cual los regionalismos se desmontan para construir un discurso lo suficientemente fluido y abarcador que pueda explicar las convergencias y *tempus* sociohistóricos y, de esta manera, el año histórico de 1968 deje pertenecer a la cronología estática del calendario gregoriano y se convierta en el *zeitgeist* de nuestro tiempo. El espíritu del 68 puede recuperarse como un espíritu de rebeldía, como una invitación a entender porque en América Latina se puede hablar hoy en día de revolución.

BIBLIOGRAFÍA:

- Aguirre, C. (2012). *Movimientos antisistémicos*. Argentina: Prohistoria.
- Álvarez, R y Guevara, N. (2008) *Pensar el 68*. México: Cal y Arena.
- Benjin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros relatos*. México: UACM-Ítaca.
- Buchbinder, P. y otros (2010). *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino (1943-1973)*. Argentina: Final Abierto.
- Chomsky, N. (2002) *Obra esencial*. Crítica: Argentina.
- Dabéne, Oliver (1999). *América Latina en el siglo XX*. España: Síntesis.
- Deboard, Guy (2009). *La sociedad del espectáculo*. España: Pre-textos.
- Domínguez, C. (2010). *1968. La escuela y los estudiantes*. México: UNAM.
- Espai en Blanc (2008). *Luchas autónomas en los años setenta*. España: Traficantes de sueños.
- Gilly, A. (2002). *El siglo del relámpago*. México: La Jornada-Ítaca.
- Hobsbawm, E. (2003). *Años interesantes*. Barcelona: Crítica.
- _ (2013). *Gente poco corriente*. Argentina: Crítica.
- King Mob (2007). *Nosotros, el partido del diablo*. España: La Felguera.
- Milner, J. (2010). *La arrogancia del presente*. Argentina: Manantial.
- Monsiváis, C. (2008). *El 68. La tradición de la resistencia*. México: Era.
- Paz, O. (2000). *El laberinto de la soledad*. México: FCE.

- Perniola, M. (2010). *Los situacionistas*. España: Acuarela.
- Sáens, E. (1995). *El exilio latinoamericano en Francia: 1964-1979*. México: UAM.
- Sasso, R. (2012). *Tupamaros*. Uruguay: Fin de siglo.
- Scott, James. (2004). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Era.
- Viénet, R. (1978). *Enragés: Y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones*. España: Castellote.
- Volpi, J. (1998). *La imaginación al poder*. México: Era.
- Wallerstein, I. (2008). *Historia y dilemas de los movimientos antisistémico*. México: Contrahistorias.

FUENTES ELECTRÓNICAS:

- Cano, A. (2008, mayo 29). “A 40 años del mayo francés”. Extraída el 29/07/2013 desde http://www.academia.edu/1703383/A_40_anos_del_Mayo_Frances
- De la Llosa, A. (2009, primavera). “1968 en América Latina: Aparición de nuevos actores”. Extraída el 28/08/2013 desde <http://www.isn.ethz.ch/Digital-Library/Publications/Detail/?ots591=0c54e3b3-1e9c-be1e-2c24-a6a8c7060233&lng=en&id=104086>
- Echeverría, B. (2003). “La historia como desencubrimiento”. Extraída el 29/07/2013 desde <http://es.scribd.com/doc/30826304/BOLIVAR-ECHEVERRIA-Contrahistorias-1>
- _ (2008). “68 + 40 = 60” Extraída el 13/08/2013 desde <http://www.bolivare.unam.mx/miscelanea/Sobre%20el%2068.pdf>

NOTAS

¹ Programa de Radio “Renegados del sistema”, recuperado el 29 de julio de 2013, de: <http://furia.espora.org/?p=579>

² Sobre la primera interpretación, ya se ha presentado la opinión de Immanuel Wallerstein, sobre la segunda, Adolfo Gilly (2002: 65) comenta lo siguiente: “Entre 1968 y 1969 parece haber llegado a maduración un largo ciclo de rebelión contra el orden mundial del capital, ciclo gestado en el seno de la onda larga de expansión económica abierta en el curso de la segunda guerra mundial (...) Si esto es así, el 68 no fue un inicio, como queríamos creer –*ce n'est qu'un debut*–, sino una culminación. Fue entonces, tal vez, el inicio de otra cosa: de un reordenamiento de las relaciones sociales en Occidente y el resto del mundo que preludiaban la reestructuración del capital entre 1975 y 1989 y la nueva fase de la economía mundial del capital abierta a partir de 1990.” La última interpretación viene a plantearse por Noam Chomsky (2002: 222): “Ahora bien, francamente, no creo que lo que sucedió con los movimientos de los años sesenta diese lugar a una considerable elaboración erudita y comprensión intelectual, pero sí en cambio lo que sucedió en los años posteriores (...) Pero en los años setenta sucedió algo que cambió las cosas, la gente veía las cosas, de diferente manera.”

³ Cito aquí a uno de los más grandes historiadores marxistas, críticos, como ejemplo: “Lo que realmente ha transformado el mundo occidental es la revolución cultural de los sesenta. El año 1968 quizá no sea un punto de inflexión en la historia del siglo XX tan decisivo como 1965, que no tuvo ninguna importancia política, pero fue el año en el que la industria francesa del vestido produjo por primera vez más pantalones de mujer que faldas, y en el que el número de los seminaristas católicos empezó visiblemente a disminuir.” (Hobsbawm, 2003: 244) El autor también hace el siguiente comentario: “Al volver la vista atrás después de más de treinta años, es fácil observar que interpreté mal el significado histórico de los años sesenta.”

⁴ “En un pasaje histórico muy complejo, el 68 continúa siendo relevante en un grado sumo al exhibir a fondo el autoritarismo, al fundar la práctica de la democracia en el respeto a los derechos humanos y civiles, y al incorporar dramáticamente a una generación a las vivencias demoledoras de la nación.” Monsiváis, 2008: 25).

⁵ Referencia tomada de la “Introducción” a la *Ética Nicomáquea* hecha por el clasicista Antonio Gómez Robledo.

⁶ Según Immanuel Wallerstein (2008: 147): “Los revolucionarios tenían diversas demandas locales, pero compartían también dos argumentos fundamentales casi en todas partes. El primero de ellos es que se oponían a la hegemonía de los Estados Unidos y también a la colusión de la Unión Soviética para el mantenimiento de esta hegemonía. En segundo lugar, condenaban a la vieja izquierda por ‘no ser parte de la solución, sino parte del problema’.”